



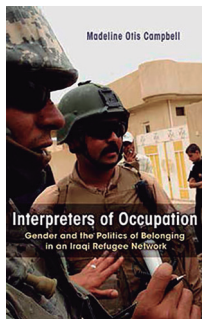
tos relevantes para la investigación académica y la docencia. Por estas razones, recomendaría la obra no solo a profesionales del mundo de la traducción sino también a docentes, investigadores y estudiantes universitarios. Se trata, pues, de un libro polifónico imprescindible, no solo por la naturaleza de la investigación, sino también porque logra instaurar un nexo entre la producción literaria traducida y todos los agentes que orbitan alrededor del proceso de traducción. Estamos ante una aportación que, por su calidad, aspira también a convertirse, a su vez, en un manual de referencia imprescindible.

Interpreters of Occupation: Gender and the Politics of Belonging in an Iraqi Refugee Network

MADLINE OTIS CAMPBELL

Nueva York, Syracuse University Press, 2016, 240 págs.

Mohamed Hatem Faris



A lo largo de unas 240 páginas organizadas en seis capítulos, el libro que nos ocupa, *Interpreters of Occupation: Gender and the Politics of Belonging in an Iraqi Refugee Network*, galardonado con la mención de honor que otorga el premio AMEWS 2017, relata las vivencias de intérpretes

que fueron contratados por diversas secciones del ejército estadounidense durante su ocupación en Iraq en el año 2003. La autora de esta fascinante obra, Madeline Otis Campbell, narra su experiencia vivida en primera persona, pues tuvo la oportunidad de interactuar con estos traductores e intérpretes cuando trabajó en Iraq

para el programa de refugiados de EE. UU. Allí conoció a algunos intérpretes y tuvo noticia de que todos solicitaban el visado motivados por la misma causa: el temor a las represalias por colaborar con el ejército americano.

A través del primer capítulo, conoceremos el pasado histórico del país, especialmente el gobierno Baazista y la evolución del pensamiento social desde entonces, un pensamiento degradado por guerras como la de Irán e Iraq, o la del Golfo. Estos conflictos bélicos, además, intensificaron las costumbres y el poder familiar a pasos agigantados y convirtieron a estos intérpretes de edades similares en una de las generaciones más castigadas.

En el segundo capítulo —y quizá, el mejor desarrollado—, la autora se centra en la importancia de traducir algo más que palabras: también la cultura. En estas páginas, los lectores nos adentraremos en los peligros del oficio de traductor dentro de este tipo de contextos, forzados a usar máscaras para no ser identificados y desbordados por los problemas que implica interpretar situaciones en las que el choque cultural dificulta el acercamiento entre las dos partes. Se trata de un capítulo cargado de materia y ejemplos reales que, si bien resulta instructivo, continúa dando la impresión de que sus protagonistas no logran transmitir todo lo que saben, lo cual dificulta el total aprovechamiento de la información.

En el tercer capítulo de *Interpreters of Occupation* se profundiza aún más al describir la vida dentro de una fortaleza llamada «Zona Verde», un espacio donde la mayoría de los contratados desarrollan sus tareas, quedando al descubierto la dilatada distancia entre la vida dentro y fuera de sus muros, las fiestas y lujos de su interior frente a las persecuciones y atentados más allá de esas paredes. Todavía más desastrosa es la situación que afrontan las mujeres contratadas



que, por el mero hecho de ser mujeres, sufren de un desprecio rutinario acompañado de abusos sexuales que rara vez se ve erradicado por sus contratistas y superiores. Sobre esto Campbell se limita a los atropellos con las traductoras, obviando que, por desgracia, tal y como extiende Helen Benedict en su obra *The Lonely Soldier* (2010), también las mujeres soldado estadounidenses sufrieron incluso violaciones dentro de las bases militares. Probablemente, la autora del libro que aquí nos ocupa prefiera mantener su coherencia temática y ajustarse a las mujeres intérpretes, señalando que un poderoso motivo por el que, quizá, muchos de estos casos no son denunciados, se deba a que las mujeres que recriminan los abusos terminan siendo destituidas.

El capítulo número cuatro nos presenta a una generación, marcada por jóvenes que maduraron en un ambiente bélico y conflictivo, muchos de ellos, sin padres y afrontando situaciones verdaderamente difíciles. Algunos de estos traductores e intérpretes colaboraron con el ejército estadounidense bajo la esperanza de lograr reconstruir el país y abrir una nueva ventana hacia el beneficio del pueblo iraquí; pero hallaron numerosos desafíos a la hora de hacer comprender a la población la amistad y compañerismo que tenían con los soldados americanos, y a la inversa, para lograr la empatía de estos militares en cuanto a la desazón que suponía para los intérpretes el rechazo de sus compatriotas. Esto desembocaría en la sensación de incomprensión del traductor por ambas partes, lo cual haría más compleja y ardua la necesaria postura neutral de estos profesionales.

Tanto el quinto como el sexto capítulo relacionan las diversas experiencias de estos intérpretes en los que la llegada a Estados Unidos también vino acompañada de desafíos, tales como la adaptación e integración a un nuevo país con

una cultura distinta y con tradiciones diferentes o la dificultad de empezar de cero y lograr obtener un buen empleo. Las vivencias que padecieron hizo que algunos optaran por alejarse de sus compatriotas, y otros, incluso, decidieran regresar a Iraq en calidad de soldados americanos; también hubo quienes aprovecharon para estudiar mientras que algunos, sintiéndose ya derrotados, tornaron a su país renunciando al sueño americano. A este respecto es llamativo el hecho de que el porcentaje de aquellos que se sintieron vencidos es mayor en varones, pues las mujeres, admiradas ante una igualdad de género de la que carecían en sus países natales, gozaron de más oportunidades de empleo.

Desde mi perspectiva he de admitir que hay relatos desde el capítulo inicial en los que se aprecia la mirada partidista y subjetiva de las fuentes que informaron a la autora. Se menciona en varias ocasiones que los árabes sunnís gobernaron el territorio mientras los kurdos y los chiís eran marginados, bajo la premisa de que los últimos presidentes fueron sunnís.

He de admitir que La lectura de este libro, si bien resultó interesante, completa e instructiva, también se tornó algo decepcionante en lo que respecta a las expectativas creadas a raíz del título, la atrevida sinopsis ofrecida y la imagen de la portada con el rostro descubierto de algunos intérpretes. Sin embargo, desde el comienzo, la autora previene al lector sobre los cambios de los nombres de personas y lugares, a fin de mantener ocultas las identidades de sus protagonistas. Por otra parte, el orden cronológico de la narración, repartiendo a los traductores e intérpretes a lo largo de los capítulos, puede apreciarse ciertamente brusco en algunas ocasiones en las que se salta de protagonista en protagonista, reiniciando su recorrido, para finalizar con la situación actual de todos y cada uno de los anteriormente expuestos. Esto puede



dar la sensación de exponer unos acontecimientos mucho más dilatados en el tiempo de como realmente sucedieron.

Como ya anticipé en algún fragmento, he hallado alguna que otra contradicción. Desde la página 2, los protagonistas entrevistados como intérpretes iraquíes que abandonaron sus hogares por temor a las represalias expresan sus miedos y ansias por convertirse en refugiados para, más adelante, relatar sus regresos a Iraq con el fin de visitar a amigos y familiares, lo cual incita al lector a plantearse la credibilidad de los mismos. Entre las páginas del libro podemos hallar nombres como Abas, Mohamed o Tariq, refugiados que se marcharon huyendo de la violencia de su país y el miedo a la persecución; o el peculiar caso del traductor Hussein, que afirmó ser acosado por su nombre (algo bastante extraño considerando que es uno de los más usados del país y el del nieto del profeta del Islam: Mahoma).

Al margen de ellos, la causa por la que la mayoría de estos escogieron trabajar para los estadounidenses podría fácilmente asumirse como monetaria. De entre los diez interpellados en el libro, solo hay una graduada en el ámbito de la traducción y la interpretación: Meena, quien se presenta afirmando que optó por este oficio motivada por las necesidades económicas de su familia, aunque algunos de sus testimonios (Otis Campbell, 2016: 103) son contradictorios, pues la traductora explica como su padre había sido oficial de alto rango en el ejército iraquí.

A pesar de que la narración de Campbell me resulta brillante, sin embargo, la lectura de este libro me lleva, en ocasiones, a asumir que es posible que los interlocutores que participaron en el mismo lo hicieron forzados y con poco interés. A veces, hasta se añaden datos demasiado ornamentales e innecesarios, como por ejemplo, algunos problemas conyugales. Otra de las

traductoras entrevistadas, Tamara, llegó a confesar ante el oficial del programa de refugiados no estar directamente amenazada, simplemente asustada por su labor de intérprete y las consecuencias que este pudiera acarrearle. Admitió, asimismo, visitar a su familia en Iraq, estafando así a la agencia de refugiados cobrando las subvenciones mientras viajaba en secreto. También con ella, al igual que con Meena, se hacen alusiones a conflictos de familiares respecto al antiguo régimen que resultan innecesarios y anacrónicos, pues hablan de temores inspirados por un gobierno ya derrocado, e incluso se menciona un bulo que ha circulado por Iraq durante años sobre un hombre al que encarcelaron como mera consecuencia de un comentario de su hija en la escuela.

Interpreters of Occupation: Gender and the Politics of Belonging in an Iraqi Refugee Network es una obra en la que Madeline Otis Campbell ha realizado un profundo trabajo de investigación con mediadores lingüísticos y no sólo es una obra muy recomendable para expertos en la materia y aquellos que deseen iniciarse en estos temas, sino que consigue transmitir la sensación de que viajamos con la autora a esas tierras iraquíes y somos testigos de los abusos y sufrimientos que han sufrido dichos traductores e intérpretes.